
POEMAS

por Gabriela Rábago Palafox

Las seis en el jardín
¡Tan grande es el silencio. . .!
Si estuvieras aquí,
oirías conmigo
cómo se rompen
en la tierra,
en el césped,
las gotas rezagadas
de la lluvia.

El silencio es total.
Ofreces el oído,

y el silencio
lo toca como un beso
largamente guardado.

El silencio se adueña
de este sitio;
¡cuánta piedad!
Nada resta en el mundo
que merezca
el agudo dolor
de nuestros pensamientos:
la raza de los hombres
se ha extinguido.
Nada queda; es verdad.

Pero aquí,
en la breve colina,
el silencio
se abraza a los olivos
con unión pasajera,
imperceptible,
suave,
y gana en ello
tenues ruidos,
murmullos platinados.

Se puebla
de lenguajes primitivos
el silencio clarísimo,
perfecto.
Hay en el cauce del silencio
agua
que cae o escurre,
hay pájaros
que sueñan estar solos,
y céspedes
que entregan
sus mil hojas
al viento.

Y, al cabo:
mi respiración,
el ritmo inútil
que me hincha
el cuerpo.
Y el roce
de la pluma
en el papel.

Y la triste presencia
de mis reflexiones.

Este silencio amo.
Sólo el silencio
intemporal
poseo.

AMOR, POR LOS HIERROS

Amor,
por los hierros del balcón
se pasea el aire.
Improvisa
una rara sinfonía
donde también
el rumorear
del árbol sacudido
tiene parte.

El aire viene y va
como una mano
por el terroso costillar
de los balcones.

Desperdicia
su fuerza en ese empeño;
canta viejas leyendas
de juglares.
Luego se va,
cansado de perderse
y de encontrarse
en las esquinas
de una misma calle.

Y el sol lo sustituye
con la copiosa pausa
de su belleza rubia.

Sin embargo,
el sol es un engaño:
este lugar es hijo
del viento y de la noche.

PARA LLENAR TU AUSENCIA

Paso
frente a la puerta
cerrada
de tu casa:
muro de mis lamentos,
barrera inexorable.

Miro
los ojos negros
de las cuatro ventanas
e, inevitablemente,
pienso
en tus profundos ojos
de obsidiana
—tus ojos
que capturan a los míos
para dejarlos luego
desolados,
abiertos a la noche
sin remedio.

Tengo que repetirme
que no estás,
decirlo en voz muy alta
para que el grito
cabalgue
sobre la oscuridad,
regrese y roce mis oídos
convertido en murmullo:
tú no estás.

¿Quién tocará
tus cosas encerradas?
¿Alguien se asomará
a tus ojos retratados
en el lienzo
que huele a verde Veronese,
a Azul de Prusia,
a Amarillo de Nápoles
y, sobre todo,
a pálido barniz damar?

Amar,
pero ya ves:
¡con qué facilidad
haces el equipaje,
pones debajo
de la ropa doblada
mi cariño,
y te vas
como una sombra
que ignora
su nombre
y su destino!

Paso
frente a la puerta
obstinada
de tu casa:
no te escucho reír,
deambular por la casa,
ir dejando en el aire
tu perfume.

Oigo
el largo silbido,
del silencio,
miro
la oscuridad que huye
por las rendijas sabias
de tu puerta.
Y pienso dónde estás,
por qué tienes
el alma peregrina,
aferrada al juego del adiós.
¿No sabes que podrías
volver y no encontrarme?

Tu puerta me detiene,

me impide andar
por tus habitaciones,
tus sueños olvidados,
tus recuerdos,
como un fantasma intruso,
anhelante de amores.
Anhelante.

Callado amor, ¿no sabes que podrías
volver y recontrarme?

XXXIX

Me dispongo a andar todos los caminos
con este afán antiguo
de encontrarte.
No importa que al llegar
donde tú estés
haya pasado el tiempo
y la edad nos marchite
blandamente
los sueños y los cuerpos.

De veras no me importa.
Al fin yo no te quiero
para este mismo instante
o esta noche;
mi sed
ha sabido pactar
con la paciencia.

Que sea algún día. Y basta.
Cualquier lugar
será el mejor entonces
—sólo tú como lecho me haces falta.
Nos amaremos
hasta que el clavo del dolor
nos deje
amargos alaridos en la sangre.

Hasta que saboreemos
el gusto herrumbroso de la sangre
y el llanto
y el sudor que brote.
Que termine la doble cabalgata
con el día,
y al fin sepas quién soy
y lo que busco.

Pido que vengas a mi mundo
cuando quieras,
como quieras,
en un acto de plena voluntad.
Que rompas las amarras de tu miedo.
Y que el orgullo se te vuelva entrega.
(Tú sabes dónde guardo
la llave de mi puerta.)

HAIKUS:

28

La luna es hostia
amasada por monjas
meditabundas.

51

Tortuga, mira:
Dios ha puesto en tu vientre
raras pinturas.

31

La rata en celo
muerde mis fantasías.
Dura batalla.

56

Las mandarinas,
niña, han de pintarte
de sol los dedos.

97

Presiente el ave
que la ama el toro.
Escalofrío.

147

Sabiduría
de la avispa: esperar
tu inconsciencia.

0 205

Desamparado,
el azulejo esconde
alas y sueños.

85

Escarabajo,
eres dura mirada
sobre la arena.

135

Felino negro,
la noche se despierta
paso a paso.

190

Arbol fragante:
deja caer al duende.
Es buen comienzo.

